

Comentario
a la ponencia de Carlos Altamirano

Juan Carlos Torre

Instituto Torcuato Di Tella

La ponencia de Altamirano no busca hacer la sociología del pensamiento de la izquierda; tampoco la historia de la pequeña burguesía. No se pregunta si ese pensamiento la describe bien o mal. En realidad, lo que le interesa son los efectos que ese discurso de la izquierda nacional sobre la pequeña burguesía tuvo sobre su público, sobre el público al cual estaba destinado. La pregunta es: ¿cuáles fueron los efectos de este discurso, de esta literatura de mortificación, expiación y conversión?

En principio, Altamirano nos dice que hubo efectos, porque esta literatura era consumida como pan caliente. De modo que sintonizaba con algo que les pasaba a las clases medias, a la pequeña burguesía en la Argentina. Pero aquí nos quedamos con un efecto todavía estático. Gente que habla sobre un problema, y los que, de un modo u otro, viven el problema, acogen ese mensaje.

Digo que es un efecto estático porque este trabajo puede ser usado —aunque Altamirano se cuida con prudencia de dar pasos más allá del objetivo que se ha fijado— como una contribución a entender los años setenta, más aún, los años sesenta y setenta. Ustedes saben que en los años setenta las clases medias se encuentran con el proletariado, y es un encuentro de consecuencias formidables para la vida del país.

Dice Altamirano sobre el final del texto: “la literatura de expiación halló eco si contribuyó a crear condiciones para nuevos comportamientos. Fue porque la mortificación era indisociable de la reunión con los trabajadores. Si esa literatura fue eficaz fue porque mortificación, expiación y conversión exaltante eran inseparables”. En esta frase, ustedes ven, hay una cautela retórica. Si elimino el “si”, Altamirano nos dice que lo que ocurrió en la Argentina, en lo que hace a clases medias, trabajadores, peronismo, violencia y Montoneros, encuentra una de las claves en ese trabajo interior que esta literatura fue haciendo sobre la conciencia de unas clases medias que en 1955-1956 viven, para usar una frase de la época, como una conciencia desgarrada, desdichada, que van a sobrellevar malamente, sobre todo ante la retórica formidable de estos autores que las incriminan de manera consistente a lo largo de diez años.

Si uno quiere hacer un estudio de la sociología de la izquierda de los años sesenta y setenta, encuentra aquí un filón importante, que no había aparecido todavía formulado de esta manera. El trabajo de zapa que esta literatura incriminatoria realiza durante diez años, al final, armado como está, con este mensaje de expiación, conversión y redención, nos dibuja el perfil de muchos

de los que en el fin de esa época protagonizaron el encuentro entre clases medias y trabajadoras. De modo que, hasta ahora, el trabajo me interesa desde este punto de vista. Es el trabajo de una persona que lee, busca una lógica de conexión entre los textos que describen una escena, un personaje, y deja al final picando la pelota, diciendo que estos textos fueron seguramente eficaces. Puede animarse a formular esa idea porque tiene una evidencia que no está ni esbozada en el texto, y que es que finalmente esa brecha se cerró. Entonces, para hacer la historia del encuentro, de la cesura, Altamirano nos propone este camino que, como él dice, no intenta ver si las descripciones son correctas sino si son eficaces. Él presume que lo son, y yo con él.

Aquí termino un poco mi reflexión sobre el texto, mi reflexión sobre lo que se ha propuesto hacer el autor. Hay una pregunta que muchos tenemos, que todos tenemos: qué es lo que pasó en tal momento; frente a ella, el autor retrocede y describe el itinerario de un diálogo que se da entre esta literatura y su público. Me parece que es un recorrido correcto, que se da dentro de la izquierda y las clases medias, que son una misma cosa desde 1945. Hasta 1945, izquierda quería decir, también, trabajadores. A partir de 1945, izquierda ya no quiere decir trabajadores, ya no iba a ser una izquierda social, si por social hacemos referencia al sujeto histórico del mensaje de la izquierda, que son los trabajadores. La izquierda va a acantonarse en las clases medias, que va a ser el sector movilizadísimo en la Argentina a partir de 1955. La historia de 1955 a 1970 en la Argentina es la historia de la clase media, que es el único sector que se mueve. Los otros sectores defienden posiciones adquiridas. Los trabajadores realizan batallas de retaguardia, defensivas: han entrado a la sociedad bajo la llave maestra del decreto estatal —lo que Touraine llama “democrati-

zación autoritaria”—, son ciudadanos de primera clase, pero en el '55 son mandados otra vez a foja cero. Entonces, del '55 para adelante procuran recuperar el terreno perdido: es una clase a la defensiva. Por supuesto, quienes procuran mandarlos para atrás son una clase que también quiere recuperar posiciones. En el único lugar, en cambio, donde las cosas se mueven en la Argentina, es en las clases medias.

Esa capacidad interesante de las clases medias nos lleva otra vez a uno de los temas que están en el texto: el “moralismo” de las clases medias. Y el texto de Altamirano, sociológicamente —a pesar de su escrúpulo de no usar la sociología—, es formidable en ese sentido. El cargo de moralismo que se le imputa a las clases medias o pequeño-burguesas a través de la literatura hace impacto en el resorte moral del acusado que es, sobre todo, un ser moral. En las sociedades uno puede tener actores por intereses y actores por valores. En la Argentina, los trabajadores son actores por intereses, los burgueses son actores por intereses, y las clases medias son actores por valores. Eso le da, a ese sector que está entre el cielo y el infierno, esa ductilidad, esa volubilidad. La película ya la conocemos.

La clase media es progresista cuando lucha contra la oligarquía y cuando habla en nombre de quienes no participan del sistema político. Deja de serlo cuando los obreros y los campesinos intervienen directamente en la lucha política. Entonces comprende que no puede defender sus intereses más que defendiendo a la clase dirigente. Éstos son los dos momentos de la clase media argentina, cuya exaltación moral, a comienzos de siglo, es la lucha por la transparencia política, por el sufragio universal, por el Estado de derecho, y por las aperturas de las oportunidades; ése es un estadio de la clase media. Después tiene otro estadio, animado por otra exaltación moral, que

va a ser, como la retrata Hernández Arregui en el texto que cita Altamirano, la defensa del orden amenazado, la defensa de la familia, la religión y la propiedad.

El retrato de estos escritores captura a la clase media al cabo de esa experiencia. En ese péndulo nos reconstruyen la relación de las clases medias con la vida política a través de la intermediación de la presencia ahora sí dominante de los trabajadores. Pero porque estos sectores medios son, como dice Altamirano, sensibles a la apelación moral, pueden ser capaces de ser redimidos y recuperar, en un equilibrio político distinto —ya no el de las dos primeras décadas del siglo sino en los sesenta-setenta—, una nueva exaltación moral. La exaltación moral de la clase media va a ser sugerente y curiosa, va a ser la del populismo revolucionario del final de los sesenta, la lucha en nombre de las masas excluidas y marginadas. Exactamente en el momento en que las masas, a través del acuerdo, a través de su presencia en la escena política, estaban encontrando la forma de reconciliación. No olviden que Perón vuelve después de dieciocho años, y no vuelve porque las clases trabajadoras hubieran perdido en su combate defensivo, sino porque habían afirmado su presencia.

Entonces, el trabajo de Altamirano me permite hacer dos comentarios. El primero se coloca, a pesar de él quizás, como una de las hipótesis sobre el fin de los sesenta. Diría: habiendo reconocido la razón de esa crítica mortificadora, muchos integrantes de las clases medias deciden cerrar la brecha que los separaba del pueblo. Ahora los sesenta pueden ser pensados así, y son muchas las figuras que del '55 para acá pueden haber hecho este recorrido. No quiero dar nombres, pero hay muchas figuras que ya a fines de los sesenta tienen cuarenta o cuarenta y cinco años y que han hecho todo este recorrido que comienza con el texto de Ismael Viñas.

En el fin de los sesenta hay otro recorrido, también, que es el recorrido de otro sector que tiene veinte años y, por cierto, no se sintió en absoluto incriminado por este lenguaje. Por eso dentro de la noción “clase media” y “pequeña burguesía”, como dice Altamirano, encontramos muchas cosas. Esta idea de la convergencia en el interior de las clases medias a fines de los sesenta debe distinguir, de un lado, los personajes mortificados que viven lacerantemente su lucidez frente a un mundo de oprobio que no se atreven a franquear y que, al final, podría decirse que lo franquearon debido a la eficacia de esa literatura de mortificación, y, del otro lado, los personajes que no se van a reconocer en ella...; el parricidio es una historia distinta, pienso. Pero, en todo caso, en unos y otros veo latente y articulando la fibra moral central que califica al actor que nos importa, y de ahí la eficacia, en el caso que nos interesa, de esa literatura.

En la Argentina tenemos una suerte de masa o sector amplio, masa fluctuante desde el punto de vista político precisamente porque no está anclada con las restricciones que vienen dadas por intereses y, por lo tanto, el sector del cual se puede esperar el cambio por esta fibra moral. Por eso he dicho que en la Argentina la izquierda, sobre todo, es una izquierda moral, porque es una izquierda que hace opciones. Una izquierda social no hace opciones, sino que lleva la condición contestataria como parte de su condición de sometimiento y subordinación.

En este sentido, el trabajo de Altamirano es un trabajo muy útil. Aparte de estar bien hecho, contiene una riqueza de cuestiones que permiten a otros, que estamos moviéndonos en otros campos y con otras hipótesis, vivir y nutrirnos del mismo. De modo que me parece interesante, y dejaría remarcado que se atreve a colocarse entre los trabajos que quieren hacer una hipótesis sobre

el fin de los años sesenta. Nos dibuja a través de estos relatos bien articulados el perfil de un personaje –que es bueno conocerlo–, que son estas clases medias argentinas

que desde este punto de vista no tienen peculiaridad respecto de otras clases medias, con esta fibra moral como resorte principal de su acción. □